

# El Conde de Cagliostro

Por LORENZO VIVES

= Colaboración. Costa Rica y noviembre de 1937 =

Hay vidas tan complejas, que la crítica imparcial no puede penetrar. Las cualidades y los defectos son en ellas tan en relieve que facilitan el vituperio y la detracción de los enemigos y los encomios hiperbólicos de los adeptos. La de José Balsamo, Conde de Cagliostro, es una de tantas. A los ojos de los sistemáticos, de los críticos ortodoxos y científicos dogmáticos, pasa por un aventurero, un charlatán, un sér sin responsabilidad moral alguna. En cambio, para los criterios abiertos a las aportaciones de la investigación valiente, es un sér extraordinario: casi sobrehumano. Si tenemos presente el ambiente raquíptico del siglo XVIII—algo movido por la influencia de los enciclopedistas—, comprenderemos cómo había de obrar aquél que se apartara de lo estrictamente admitido en el círculo de la religión y la ciencia oficial. Tan cerrada era la censura de la una como la otra. La Inquisición del Santo Oficio era más temible que la de los doctores imperturbables de las facultades, porque sus efectos eran más terribles; pero las sanciones morales de los segundos eran deprimentes y aisladoras. Mesmer, animado de la mejor buena fe, es sacrificado por esa ciencia oficial que sólo admite lo que la buena razón y la experimentación aceptan. ¡Cómo zahería, no ha mucho, el insigne Poincaré, a esta casta de pseudo-científicos; de estos académicos que desde sus respectivas poltronas se obstinan en rechazar todo lo que les es incómodo. Incómodo resultaba, por ejemplo, la rotación de la Tierra, el admitir un elemento colágeno en arterias y venas que reparte por doquier los elementos nutritivos a las células, la existencia de microorganismos productores de enfermedades, el magnetismo animal, etc. Todo lo que venga a traer una alteración en el reino seráfico de la ciencia y la religión—ciencia debería ser, y muy moral, por cierto—, chocará contra la fatalidad y, por qué no decirlo, bastante incapacidad de la ciencia. La teoría del Sol frío, la de un espacio y tiempo relativos, la transmutación de la substancia, la consideración de la mente como centro de vibraciones captables por otra u otras mentes afines, la curación por el espíritu, las propiedades múltiples de las microndas, etcétera, todo es puesto en cuarentena porque la insuficiencia o la abulia privan un análisis razonable. La hidro y helioterapia, el poder absorbente de ciertas tierras radioactivas, la autocrítica, no hace mucho que eran recibidos con mofa por la terapéutica clásica. ¿Cómo había de ver la ciencia setecentista los milagros de los taumaturgos y alquimistas? ¿La transmutación de los metales posible? ¡Dios santo, qué sacrilegio! Ahora, después de lo logrado por Rutherford y otros, y, sobre todo, después de saber de los efectos de ciertas radiaciones ultraveloces, se empieza a comprender que aquellas locuras de los magos de la Edad

Mediason explicables. Nicolás Flanel, Rodolfo II de Alemania, Alberto Magno, Sendivogius, Raimundo Lulio, ya no son los maniáticos que la ignorancia señalaba; son los precursores de Graetz, de Kramers, de Holts, del citado Rutherford. Se limitaba el milagro en Lourdes y en otras basílicas francesas: se negaba la posibilidad de él en ciertos laboratorios. El calvario de Galileo, de Alejandro Sheton, de Franklin, de Pasteur, no ha acabado: aun hoy el dogmatismo niega eficacia a ciertos aportes que se ven obligados a vivir medrosamente, como proscritos temibles.

Cagliostro, ya lo hemos dicho, es ensalzado y vituperado. En la apreciación de su vida no hay términos medios. El «ser o no ser» se cumple en él a ultranza. Pero hay algo que sus propios detractores han de admitir: su poder sobrenatural manifestado varias veces. No aceptan la milagrosa y rara curación del hijo de cierto conde ruso; antes al contrario, lo acusan de suplantador; pero sí reconocen su obra filantrópica a favor de enfermos pobres, deshauciados, que curó a miles, en todas partes, y a los que daba, con la salud, dinero para aliviarlos; aceptan, también, la difícil curación total del príncipe de Soubise, en París, desengañado por todos los galenos que lo habían tratado en su fiebre escarlatina; así como la autenticidad de la profecía de la Revolución Francesa con la toma de la Bas-

tilla; pero, en seguida, se vuelven contra él y lo señalan como impostor, hombre sin moral, embaucador y audaz ladrón. Lo cierto es que allí donde va logra el interés de los grandes y los humildes; es buscado, venerado, gana la popularidad en poco tiempo. En Malta es recibido con deferencia por el Gran Maestro de la Orden. En Egipto se inicia en los secretos de la masonería durante mucho tiempo. En la Corte de Catalina II de Rusia, la admiradora y admirada de Voltaire, sobresale como en otras partes; una aventura amorosa entre el favorito real y Lorenza, la mujer del mago, pone fin a sus actuaciones allá. En París atrae a lo más granado de los nobles al intento de reformar la masonería para darle más austeridad. Su sueño máximo era implantar el rito egipcio. Lo más fantástico de su vida fue la cena de la Rue de Saint-Claude. El Cardenal de Rohan fue su más decidido partidario. Galante el príncipe de la Iglesia, anhelaba el amor de María Antonieta. La intrigante Condesa de la Motte lo enredó en el célebre «proceso del Collar», y éste, a Cagliostro. Nueve meses en la Bastilla y la orden de dejar el suelo de Francia fueron las consecuencias de esta amistad. La Ciencia y la Iglesia tenían interés en que desapareciera. En Londres obtiene adhesiones importantes y en Roma se deja atrapar por el Tribunal del Santo Oficio que lo condena a reclusión perpetua en el castillo de San León de Urbino.

Una vida interesante, activa, grande, preñada de misterios inexplicables por los no iniciados, vida que esparce el bien sin límites y que, por finalidades difícil de orientar, deja que el mal haga decaer en una aventura lo que parecía un nuevo mesianismo.

## La justicia oculta y el Clero nacionalista español

*La justicia funcional anteriormente examinada es la que pudiera denominarse la justicia patente, externa o visible, pues existe otra subterránea, que es la más feroz y tenebrosa.*

*Se ejerce esta oculta justicia por todas y cada una de las fuerzas que han apoyado el movimiento militar, y su método exclusivamente eliminatorio y represivo se basa en los tópicos de «espíritu de Cuerpo», «represalias colectivas», necesidad de sostén y amparo a los «Institutos armados» y otras frases arteras, manidas por los dirigentes reaccionarios.*

*El Clero, organizado como Estamento, como colectividad, con una triste idea de que «era su hora llegada», ha ejercido también, en unión de las restantes fuerzas, esta oculta justicia, no abierta o descaradamente, sino por infiltración y presión suasoria en los órganos activos.*

(De Antonio Vilaplana, Secretario Judicial de Burgos, en *Doy fe...* Un año de actuación en la España nacionalista. París, 1937).

CANSANCIO MENTAL

NEURASTENIA

SURMENAGE

FATIGA GENERAL

son las dolencias

que se curan

rápidamente con

# Kinocola

el medicamento del

cual dice el

distinguido doctor

Peña Murrieta, que

*«presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente».*